

**Inés García González**  
**Corazón de María (Gijón)**  
**ASTURIAS**



## La vida es oro

Me despierto. Abro los ojos. Miro a mi alrededor. Me encuentro en una especie de pasillo. Todas las paredes están llenas de fotos y más fotos. No les presto atención. Lo único que me preocupa es por qué estoy aquí. No recuerdo nada. Tan solo un dolor enorme y luego música de fondo. Empiezo a caminar hacia delante y esta vez sí que me fijo en las paredes. Qué extraño. Son como si contasen la vida de una persona. La primera foto es de su nacimiento, su madre y su padre sonrientes y el bebé, creo que es una niña, en sus brazos. A medida que voy avanzando por el pasillo la niña va creciendo, va evolucionando. Ya puede andar, su primera palabra, su primera amiga su primer colegio, su primer diente... todo, absolutamente toda su vida está allí.

No sé por qué pero me resulta extrañamente familiar. Pelo castaño claro, ojos verdes, nariz pequeña y rostro alegre. Sigo avanzando. Su primer novio, su primer beso, su primer instituto. Su decimoquinto cumpleaños. Está subida a un escenario, todos la están mirando, parece que va a enchufar algo. Está preciosa. Paso a la siguiente fotografía, pero no hay nada.

En su lugar hay un rectángulo rojo, sin nada dentro, como si faltase una fotografía. Abajo pone una palabra que no logro comprender. A ver, céntrate Gimena, si sabes leer. Cierro los ojos, respiro profundamente y los vuelvo a abrir. Me concentro. “¿Muerte?” Eso es lo que pone.

Continúo avanzando, intrigada de cómo murió. Pero en vez de una fotografía me encuentro un espejo. Me miro en él. Una chica de quince años, pelo castaño, ojos verdes y nariz perfecta. Espera... yo he visto ese rostro en algún sitio. Entonces me doy cuenta. Todas esas fotografías, todos esos momentos, son de mi vida, soy yo esa chica.

Me empiezo a poner nerviosa. Soy yo, soy yo, ¡Soy yo! ¿Y si estoy muerta? ¿Y si estoy encaminándome hacia la muerte? Tranquila, Gimena. Piensa con claridad. ¡No puedo! ¿Lo único en lo que puedo pensar en estos momentos es en cómo murió la chica, quiero decir, en cómo he muerto y en esa maldita cancioncita de las narices! Es lo único que puedo recordar de lo que me ha pasado antes de llegar aquí y no me lo puedo quitar de la cabeza.

Espera, ¿está en mi cabeza o la estoy oyendo? No, no, la estoy oyendo. Pienso averiguar de dónde procede. Llego al final del pasillo. Hay dos opciones: izquierda, un camino lleno de espejos; o derecha, en el que las paredes son negras. Guiándome por el sonido tuerzo a la izquierda. Menos mal. Si esto es la muerte no me gustaría andar por un pasillo de tinieblas.

Me paro enfrente del primer espejo. Encima de él trae escrito: "Presente". Continúo. Siguiendo espejo. Arriba: "Presente". Miro hacia atrás y me sorprende al observar que las letras han cambiado: "Pasado". Sin moverme de donde estoy miro al siguiente espejo: "Futuro". Sigo avanzando: "Presente", "Pasado", "Futuro", "Presente", "Pasado", "Futuro", "Presente", "Pasado", "Futuro"...

El sonido, la melodía la canción, se escucha cada vez más cerca.

"Presente", "Pasado", "Futuro"...

Y más cerca.

"Presente", "Pasado", "Futuro"...

Llego al final del pasillo de espejos. Hay una puerta. DE ahí es de donde sale el sonido que tanto me inquieta desde mi llegada. Entonces lo entiendo. Estos dos pasillos que acabo de recorrer son unos pasillos cualquiera, son los pasillos de mi vida. Quizás sean los últimos momentos de mi vida, si es que todavía tengo una.

Abro la puerta. Entro en una sala con un único asiento, una mesa delante de él y una pantalla. Miro hacia el suelo. Un felpudo. En él pone: "El pasado es pasado, no mires hacia atrás. Lo que importa es el presente, los momentos que estás viviendo. No te preocupes por el futuro, solo avanza hacia delante."

Y eso hago. Me siento en la silla. La musiquita sigue. Ya no sé si es real o una alucinación. Observo la mesa que tengo delante. En ella hay una foto. Su forma me recuerda a algo. Piensa, Gimena, piensa. Ah, sí, es, es, es, es la foro... de mi, de mi... de mi muerte. No puede ser. No quiero mirarlo.

Entonces escucho una voz. Me resulta muy familiar: "No tengas miedo, Afróntate a ello y sigue adelante. Sé que nada va a ser como antes, pero lucha por sobrevivir. Lucha por nosotros, porque te queremos."

La voz viene de la pantalla. Levanto la vista. Es una escena muy triste. Es una familia. Se encuentran en un hospital. Médicos, enfermeras y tres personas más. Un hombre y una mujer, llorando, y alguien en la cama. Reconozco sus rostros: son mis padres.

Ya sé de dónde viene la melodía que me lleva molestando durante horas. Mi madre tiene algo entre sus manos: una caja de música. Gira la manivela mientras dice, con ojos llorosos: Este era tu juguete preferido, te encantaba escuchar la canción".

Me armo de valor. Cojo la foto y me enfrento a ella. Estoy en el escenario, como en la última foto que vi, solo que en esta hay mucha luz y destellos por todas partes. YA lo sé, me he muerto electrocutada. Las lágrimas empiezan a deslizarse lentamente por mis mejillas. Lloro, lloro y lloro.

Mi madre sigue diciendo: "Por favor, no te rindas".

Me seco las lágrimas de los ojos y reparo en un detalle que se me había escapado: en la mesa hay una caja de música. Parece la misma que tiene mi madre en la pantalla.

La cojo: "Tienes una oportunidad de vivir. De disfrutar de las personas que quieres y de todo lo que te importa. Pero a un precio. Si quieres seguir viviendo, gira la manivela. Pero recuerda: nada va a ser como antes".

Leo esto una y otra vez y lo asimilo. Ya tengo mi respuesta. Quiero seguir viviendo, quiero estar con mis seres queridos, vivir mi vida y morir cuando llegue el momento, pero no ahora. Me da igual el precio que tenga que pagar. Pienso vivir cada momento como si fuera el último y disfrutar de las pequeñas cosas que me da la vida. No pienso rendirme. Quiero vivir, cueste lo que cueste.

Cueste lo que cueste.

Giro la manivela.

Abro los ojos. No veo nada. Todo es negro. ¿Estoy muerta? ¿No ha funcionado? Entre mis manos tengo la caja de música, es real. Me incorporo como puedo y oigo voces a mi alrededor. Alguien me abraza y me susurra al oído: "Hija, has vuelto, te quiero, te quiero, ¡te quiero!" es mi madre.

Ya sé cuál es el precio. Estoy viva, es real, voy a poder disfrutar de mi vida, pero de otra manera. De una manera muy diferente, oyendo, hablando, riendo, oliendo, probando... pero no viendo.

Estoy ciega, ese es el precio. Pero merece la pena.

Porque la vida es oro. Tiene mucho valor, pero también cuesta.